



XXXI CERTAMEN DE RELATO BREVE

“RAIMUNDO ALONSO. UN METRO DE 350 PALABRAS”

Primer premio:

SAPOS Y CULEBRAS

Alberto de Frutos Davalos

– Dicen que esta tarde va a jarrear –anuncia mi padre, y los chicos del bloque nos guasapeamos para repartirnos las mejores estaciones.

¿Quién quiere viajar a las cataratas del Iguazú cuando puede plantarse en Banco de España o Marqués de Vadillo y fotografiar esas cortinas de agua, que luego irrumpirán en los túneles y andenes como serpientes caladas hasta los huesos?

De todos los rincones del mundo vienen los turistas para admirar este espectáculo, recomendado por *influencers* y guías que han inspirado las autoridades, incluso, la creación de un nuevo itinerario “Metro bajo las aguas”. Un producto estacional y dudoso por culpa de la sequía, pero francamente estimable.

Mis amigos y yo tenemos la suerte de vivir en Madrid, por lo que no dependemos de aviones ni trenes para ser los

primeros en saborear ese menú de charcos e impotentes paraguas. Son las nubes y mi padre, siempre alerta al pronóstico meteorológico, quienes nos soplan la buena nueva. Salimos entonces en busca de coatíes y yararás, bajamos a los andenes y nos quedamos boquiabiertos con el sonido IMAX de las cascadas, los saltos de Tarzán entre las catenarias y las bromas de Chita con los flotares.

Con las primeras gotas, la megafonía advierte de que se ha interrumpido el servicio en cinco tramos de cinco líneas diferentes, y allá que vamos Miguel, Carlos, Ana María, Rocío y yo, con nuestras cámaras y nuestra ilusión intacta, igual que el primer día. ¿Quién sabe que nos encontraremos esta vez, que fósiles del Pleistoceno, que poemas de amor desleídos, qué musgos y líquenes?

Cuando deja de llover, volvemos a casa y compartimos los videos y fotos con el grupo. Sí, somos conscientes de que otros hacen lo mismo y hasta lo publican en sus redes sociales, pero siempre en plan *hater*, resentido, picado. Nosotros no. Nosotros no reclamamos mejoras, sino, más bien, agravamientos. Queremos que los vagones sean canoas y los andenes embarcaderos y que los conductores aprendan a cantar “Qué distinta Venecia si me faltas tú”, mientras, a nuestro alrededor, croan los sapos y silban las culebras.

Segundo premio:

OTIS JAMÁS SE HABRÍA DEJADO ATRAPAR

Jorge Galerón Rodríguez

¿Quién maneja los hilos aquí abajo? Maldigo a los tiranos, aquellos que no se apiadan de los desarrapados. Primos hermanos de este inútil y borracho que soy yo. A ver, que sólo queremos dormir bajo techo, no montar la guarida de Lex Luthor. ¡Qué mala baba, joder! Pero si el Loren, tan chiflado como siempre, y el Dioni, todo el día colgado, no están para muchos trotes. Del Richard, por cierto, hace mucho tiempo que no sabemos nada. Cuentan que una de sus hermanas lo encontró tirado en la acera y se reconciliaron. Cualquiera sabe. El caso es que antes todo era mucho más fácil. Trapichear, pedir, dormir, simplemente estar. Ahora te echan si te ven durmiendo en cualquier estación, incluso si te sientas en cualquier esquina. Por eso, parecemos zombis. Bueno, por eso y por todo lo que llevamos encima. Chico, ¡qué tajada la mayoría de las veces! Ya sé que las drogas no nos engrandecen, pero es que si no,

no hay manera de sobrellevarlo. Cuando hace frío ahí arriba deambulamos por los pasillos y por los vagones, haciendo transbordos, recorriendo sin criterio las líneas del metro de esta ciudad. Una ciudad, ya por decirlo todo, que cada vez esconde más mierda debajo de sus calles. La cara de asco que llevan los viajeros lo dice todo. Si tuviera una birra brindaría por tal cantidad de mierda, dios santo. Y por el Richard, para que allá donde esté sea feliz y no le falte de nada. Y también porque de entre la cochambre, no nos falten cartones y mantas para pasar la noche. Ah, y por ese último piti que nos ofrece el segurata negro a la hora de echar el cierre en la salida de los impares. Que ya son varias noches sin saber de él y andamos preocupados.

Esta tarde he creído escuchar el llanto de un niño al final del pasillo que une la línea 6 con la 4. No había nadie, pero con el valor del melancólico, he decidido seguir los llantos que, según avanzaba, me recordaban tanto a los de mi hijo Bruno.

Tercer premio:

A LAS 8:21

José Miguel Fernández–Layos Fernández

Siempre cojo el mismo metro a las 8:21 de la mañana. No tengo por qué. Podría coger otro. Incluso podría no coger ninguno. Estoy jubilado. Pero soy insistente. Llego al andén de la estación de Pacífico y entro al primer tren que llega. Allí está sentada una chica de pelo rizado blanco que nunca me mira. Un chico que vomita. Dos señoras que hablan sin escucharse la una a la otra. Una pareja en la que solo ella está enamorada. Un chihuahua metido en un bolso con miedo a que alguien quiera acariciarlo.

Cojo siempre el mismo metro como quien juega al mismo número de lotería: creyendo que así es más fácil que te toque. Pero no es más fácil. El azar no es un animal de costumbres.

Siempre subo esperando que me pase algo. Lo que sea. Que me acuchillen o me enamore. Que me abduzca un

alien o me tropiece y me rompa dos dientes. Pero todo siempre les sucede a otros.

Quizá sea un muerto o un fantasma. Aunque no creo: sería demasiada suerte. Al menos eso sería algo. Algo que no sea el amianto: ese cáncer que me convierte en nada, tras darlo todo trabajando en el Metro.

Cuarto premio:

EL PÁRAMO

Juan Carlos Melero González

El maquinista de Metro ve la vida como Alicia, a través de un espejo. Entran, salen de nuestra serpiente mágica, te engulle en Pitis y te regurgita en Alonso Cano. Puedes imaginar historias o las vidas de esas personas a las que transportas: trabajo, citas, amores, desamores, familias, encuentros, está a punto de llorar, desencuentro...

Tengo una viajera favorita, sube en Barrio. Me fije en ella por sus largas piernas en comparación con su cuerpo. Siempre seria, no se ve enfadada, tiene una belleza serena. Si la ves por la calle, no te vas a girar. Si la observas detenidamente, es guapa. Monta siempre en el primer coche, escuchando el móvil o leyendo. La vida no tiene misterios para ella. Nos acompaña hasta Estadio Metropolitano. Las puertas del tren se abren, sale y cruza el páramo que une la línea A con la B y se pierde en la

serpiente mágica de la B. Empiezas a imaginar una vida para ella. Le pones de nombre, Olga. Un trabajo, ser enfermera en el Hospital de Henares. Mañana puede tener familia. Ahora te despidas hasta mañana de ella.

Llego a Barrio, ahí está como siempre. Entramos en Estadio, coge la B siempre igual. Entro en nuestro cuarto, los compañeros me miran preocupados, me preguntan: “¿Como estas después de lo ocurrido en Barrio?” Mi mente produce un flashback.

Hace dos días, el tren entra en Barrio. Espero encontrarme con Olga. Observo un revuelo cerca del piñón de salida. Salgo de la cabina, encuentro a Olga tumbada en el suelo. Me comunica un viajero que ha perdido el conocimiento, no responde. Aviso al Puesto de Mando, solicito el desfibrilador, con mi móvil aviso a 112, empiezo la RCP. Mientras le voy murmurando: “No me dejes, te quiero, porque es fácil quererte y es fácil quererte, porque te quiero. Llegaste a mi vida sin hacer ruido, sin darme cuenta te estaba queriendo. Tu no lo sabrás nunca”. En ese momento me pareció que sonreía. Me aparta el personal del SAMUR. Al final, me comunican el fallecimiento.

Hoy la he visto cruzar el páramo.

Quinto premio:

TROMPETEO FINAL

Juan Luis Arandia Bajils

Nadie supo cómo apareció allí, por qué túneles secretos y antiguos bajó a las profundidades de la tierra. Todos se aferraban a la seguridad de que no había nacido entre los metales, la piedra y el sudor de los viajeros.

Al principio se observó al fenómeno entre las estaciones de Argüelles y Moncloa, en el túnel de la línea 6. En una mañana de somnolencias amargas y de frustradas esperanzas, con las confesiones nocturnas aún en el aire inflamado. Eran conocidos los juegos de luces de la máquina, las ventanas ámbar de los vagones, las gargantas oscuras de las oquedades. De aquel caos surgió una sombra, inmóvil y etérea.

No era una alucinación colectiva. La sombra se hizo más real, más pesada; y lo más extraño, el fenómeno apareció al

mismo tiempo en otros lugares de la red: en la línea 5, en la 1, en la 7, en la 10.

Los más sensatos lo tomaron por una roca, quizá restos de excavaciones. Y como la sensatez era mayoritaria en aquellos tiempos, no hubo horror. Solo una minoría de insensatos descubrió un cuerpo vasto y gris que se movía lentamente. Pero cada día, la curiosidad se fue colando con avidez entre el cansancio, la humillación y el fracaso. En las ventanas del convoy se intuía ya una piel rugosa y áspera que se arrastraba entre las sombras. Alguien vio unos ojos tristes, ciegos, asustados.

Nadie dijo nada, nadie avisó a las autoridades, nadie cruzó las vías para comprobarlo.

El secreto de todos para todos causó un malestar similar a una migraña, un vahído o una náusea.

Transcurrido un mes, se llegó al consenso, no declarado, silencioso y obscuro, de que aquello exhalaba un aliento cálido y húmedo, que era enorme y que estaba buscando una salida en ese medio hostil. Para la tranquilidad de todos los viajeros, no emitía sonido alguno.

Hasta que un día sonó un trompeteo: lánguido, cavernoso, estepario. E inundó todos los túneles.

FIN